



Las damas de la alta sociedad portuguesa vistas por *Misterios de Lisboa*: un despliegue perfecto de ritmo y luz en manos de Raúl Ruiz.

MISTÉRIOS DE LISBOA
Dirección: Raúl Ruiz. Con: Adriano Luiz, Clotilde Hesme, Ricardo Pereira, Maria João Pinho, João Arrais. 142 minutos.

Misterios de Lisboa - Segunda parte

Por Ascanio Cavallo

En la primera parte de *Misterios de Lisboa* hay un personaje que tiene una aparición muy breve, pero extrañamente cargada de densidad. Es el fraile Baltasar de Encarnação (José Manuel Mendes), anfitrión y confesor del conde de Santa Bárbara en sus últimas horas. Cuando el padre Dinis (Adriano Luiz) llega a requerir el testimonio postrero del conde, el fraile le sugiere que quisiera hablar con él en otra ocasión.

Esta segunda parte se inicia con ese encuentro. Entre la semipenumbra del convento, el fraile le revela al cura que en su juventud

fue Álvaro de Albuquerque (Carlotto Cotra), un crápula frívolo y dispendioso, que a los 23 años fungía de amante ocasional de las señoras de la alta sociedad, hasta que conoció a la condesa de Vizo (Maria João Pinho). La historia de amor que sigue se interna en el Portugal del Rey José, la Roma del setecento y la Revolución Francesa, con una forma apasionada y truculenta, como si estuviese entrando en el corazón histórico del melodrama y al mismo tiempo comentando ese corazón.

El caso es que el fraile resulta ser el padre del cura Dinis, que debió dejarlo en otras manos

cuando sintió el llamado de la fe. Todo esto ocurre en los primeros 30 minutos de un metraje de 142, lo que quiere decir que es apenas un anticipo de lo que va a ocurrir en adelante, porque en esta segunda parte se agudiza la lógica del despliegue de historias que es el motor de la primera.

Son historias entrelazadas, derivativas, errantes, fragmentos de las vidas de personajes que ya no están, personajes que aparecen o personajes de los que sólo conocemos otros jirones de sus vidas. Algunos que parecían secundarios —como el fraile Baltasar o Alberto de Magalhaes (Ricardo Pereira)— se toman un segmento completo y se convierten en piezas claves de la gran historia de fondo. Otros regresan fugazmente antes de apagarse, como el poderoso marqués de Montezelos (Rui Morrison), que ahora vaga ciego y arruinado. Y otros ingresan con fuerza hura-

canada, como Elisa de Montfort (Clotilde Hesme). Ruiz parece decir: no hay historia mala, no hay personaje irrelevante. En su concepción creativa, toda historia conduce, no a una, sino a muchas otras, y cada situación puede originar una infinidad de encadenamientos.

Y sin embargo *Misterios de Lisboa* sugiere que esos encadenamientos no son azarosos, que esta precisa orquestación de fantasías y fantasmas es el resultado de una inteligencia y una maestría muy personales. Nada es accesorio, todo tiene significado, nada es desperdicio; no hay una línea de diálogo que no resuene en alguna parte, no hay un plano que no conduzca a otro posterior. La película se cierra como comienza y parece que en su trayecto Raúl Ruiz hubiese explorado todos los movimientos de un relato polifónico y todas las posibilidades de la escritura con luz, que es lo que finalmente es el cine. **S**